Aleixandre y el surrealismo

Escribe: FERNANDO CHARRY LARA

No sé hasta dónde tendría que avanzar mi memoria para recordar el momento en que, por vez primera, me fue dado acercarme a los poemas de Vicente Aleixandre. Supongo que ha debido ser en cierta colección de poetas españoles que seguramente cumplía el oficio de revelarnos, con prisa, la entrada a un mundo que de inmediato se tornaba inolvidable. Allí se nos concedían muestras de la obra poética en el lapso feliz que, en este siglo, siguió a la renovación modernista y se prolongó hasta cerca del momento en que la historia de España volvía a ser de sangre y de luto. Allí se nos suscitó el amor y la admiración por esta poesía. Allí leímos inicialmente a varios de esos poetas cuya voz iba a seguir llenando de sueño muchos años de nuestra existencia y que solo vendría más tarde, ya en varios de ellos, a callar la muerte. Después la Antología de Diego nos proporcionaba un material más completo y algo también acerca de esas personas: no solo su pensamiento poético, sino también los hechos exteriores, fotografías y apuntes como para presumir de una vez, en vida y en poesía, algunos de sus rasgos más característicos. De aquella lectura de los poemas de Vicente Aleixandre iban a quedar enredados en la imaginación versos cuyo dibujo irregular constituyó, desde ese instante, halago y estímulo decisivo para nuestra pasión:

*Bajo el sollozo un jardín no mojado
oh pájaros los cantos los plumajes
esta lírica mano azul sin sueño
del tamaño de un ave unos labios No escucho
el paisaje es la risa Dos cinturas amándose
los árboles en sombra segregan voz Silencio.*

Iniciémonos con unas confesiones propias, para traer luego las más valederas de Aleixandre. La sola atracción de la novedad expresiva acaso no explica totalmente cómo ella podía inducir a un lector joven a escribir, a su turno, poemas. La inconsciente vocación, aún no despierta, se asomaba en medio de la sorpresa, como venciendo sobre un ejército de sombras, al recorrer unos renglones trémulos y desgarrados. La poesía de Vicente Aleixan-

dre contribuyó con su hermosa eficacia a establecer esa zona de delirio y de magia que hace posible el surgimiento de un verso. Nos situaba en un mundo en el que, con frecuencia, el sueño es asombrosamente real. Mientras más nos escapáramos de lo consabido poético y de su lenguaje gastado y mellado, mejor podíamos aproximarnos a una realidad sin nombre que intuíamos. Todo esto ha debido presentarse de manera enteramente oscura o imprecisable: nuestros pasos habrán sido siempre indecisos y sonámbulos. Los poemas de Vicente Aleixandre nos abrían la relación con un universo desconocido, insólito, deslumbrante.

Fuimos imantados por la novedad de los poemas de Vicente Aleixandre: una deliberada incoherencia de imágenes, una tendencia que se establecía en lo hermético, un bucear por las aguas más sumergidas de la marea nocturna. Se nos fijaba la aspiración de la poesía en revelarnos aspectos del ser largamente inéditos. Ello ha dado ocasión a que varias veces se hable de surrealismo en los poemas de Aleixandre reunidos en tres de sus primeros libros: **Pasión de la tierra**, **Espadas como labios** y **La destrucción o el amor**. El propio poeta no ha negado enteramente esta influencia. Alguna vez dijo: "No he creído nunca en lo estrictamente onírico, en la 'escritura automática', en la abolición de la conciencia creadora. Pero he de confesar la profunda impresión que la lectura de un sicólogo, de incisiva influencia, me produjo en 1928, y el cambio de raíz que en mi modesta obra se produjo. Mi segundo libro, **Pasión de la tierra**, de poemas en prosa, escrito en 1928-29 y publicado más tarde en Méjico, rompía abiertamente con la tradición y era la poesía en libertad, la poesía manando con hervor caliente del fondo entrañable del poeta, aquí instrumento de un fuego que habríamos de llamar telúrico". El mismo Aleixandre anota que en ese libro, **Pasión de la tierra**, tal fuerza tomaba, como poemas en prosa, su manera más libre, para manifestarse luego en los versos de **Espadas como labios**. Y señala, en una síntesis prodigiosamente esclarecedora, la evolución de su poesía: "Un bien diferenciado estado interior, más que un tema objetivo, seguía dando todavía a cada uno de los poemas su unidad propia; aunque ya en algunos el claro bulto de un tema con representación estaba manifiesto. **La destrucción o el amor** acentuaba con relieve esta diferenciación y una rotunda unidad exterior (sobre la interna) daba perfil y cuerpo a cada una de las piezas que lo componían. **Sombra del paraíso**, mi reciente libro, es, en este sentido, el último eslabón de una cadena evolutiva. No ha habido saltos".

En una cierta medida existe, innegablemente, influjo del surrealismo en la poesía de Aleixandre. Mas ocurre que el surrealismo no se dio en la poesía de la lengua española, salvo una u otra excepción hoy casi no recordada, con el carácter ortodoxo, de sumisión a una disciplina y a un programa establecidos, que tomó en la patria de origen. Allí su ejercicio obedeció a planteamientos más rigurosos. No quiero sugerir, con ello, una superioridad de conjunto de surrealismo francés, cuando en nuestro idioma, junto a esas obras de Vicente Aleixandre, pueden también mencionarse en esta tentativa poemas de Pablo Neruda, Luis Cernuda, Octavio Paz, Enrique Molina o Juan Larrea, siendo la mención de estos nombres de veras parcial en dos sentidos: por limitada y por no ocultar diferencias y simpatías. Pero es suficientemente demostrativa, en cambio, de una calidad y de una plenitud.

Quisiera añadir que tanto en Hispanoamérica como en España se ha escrito poesía surrealista, aunque, en el momento de escribirla, no se haya pretendido atribuir poderes sobrenaturales a lo inconsciente. Ha sido más un querer la conciencia de la inconciencia, un lograr la atención de la vigilia sobre el sueño. ¿O solo es surrealista la poesía que obedece al automatismo? ¿O se ha escrito poesía bajo el dictado automático, realmente libre de la voluntad y de la enmienda en el instante de su creación? Estas preguntas asoman ya con aire trasnochado. Lo cierto es que el surrealismo pretendió ser algo distinto de una retórica o de un movimiento literario. Implicaba, ante todo, la liberación del espíritu de las mutilaciones a que lo han sometido la lógica y los convencionalismos sociales, una pretensión de desencadenar las potencias oscuras de nuestro ser, una búsqueda vertiginosa de lo intuitivo sin mancha. Su esperanza de cambiar al hombre y a la sociedad no habría podido jamás reducirse a un formulismo excluyente. La aventura espiritual del surrealismo, pese a las limitaciones de sus obras concretas, es una de las más admirables de nuestra época y rebasa, feraz de vehemencia subversiva, cualquier procedimiento. No limitemos entonces el surrealismo a la escritura automática y comprendamos mejor lo que significa esta recuperación para el hombre de sus perdidas riquezas. Breton, al cabo de los años, tuvo que reconocer el "infortunio completo" en la historia de una escritura automática que pretendía transcribir directamente los sueños sin ninguna interferencia de elementos insomnes. A causa de las frustraciones a que condujo, a partir de una época dejó de considerarla entre sus principios ca-

pitales. Que el descenso hacia el interior del espíritu no haya observado, en otros poetas, esa técnica, no autoriza para desconocer en ellos una actitud rebelde contra el largo monopolio de lo razonable y de lo verosímil y, más específicamente, su coincidencia con muchos aspectos de esta desesperada y singular hazaña por lo maravilloso: la libertad, el amor y la poesía.

Vicente Aleixandre fue cumpliendo en su obra una tarea dilucidadora que avanza desde sus libros primeros, si exceptuamos **Ambito**, del hermetismo a lo comunicable, de la oscuridad hacia la clarificación. Tal movimiento parece haberse desarrollado naturalmente, sin que fuese animado de este especial propósito, pero con la adivinación de que así se cumplía el destino. Aleixandre fue lúcido de su tránsito al escribir que la poesía “es un camino hacia la luz, un largo esfuerzo hacia ella. Solo mucho después —agrega— yo he descubierto la claridad y el espacio celeste. Pero desde la angustia de las sombras, desde la turbiedad de las grandes grietas terráneas estaba presentida la coherencia del total mundo poético”. Aleixandre, hasta llegar a **En un vasto dominio**, su último volumen publicado, viene revelándonos esa universalidad del ser, esa totalidad del hombre, meditador triste ante el tiempo, el espacio y el silencio. Su cenital resplandor de ahora reconoce los orígenes en aquellos subterráneos gritos que horadando a piedra iban finalmente a irrumpir en un precioso manantial de luminosas imágenes.

La obra de Vicente Aleixandre constituye otro grande y sorprendente ejemplo de que la tradición de la poesía es la de su mudanza permanente. Lo que en un momento llegó a parecer desviación o exotismo —¿no es cierto: Garcilaso, Góngora, Darío?— se vincula de inmediato, si le anima una fuerza convulsiva, a la corriente ávida de la literatura y del lenguaje de un pueblo. La tradición nunca fue remedo o copia. Un poeta japonés expresó mejor esta conjetura hace tres siglos, en breves palabras: “No pretendo seguir los pasos de los hombres de antaño; busco lo mismo que ellos buscaron”. Es decir: el poeta no debe imitar las soluciones anteriores a los problemas poéticos, sino buscarlas por sí mismo, resolviéndolos nuevamente. La tradición de la poesía es, así, la de la cambiante y eterna historia de esas soluciones. Aleixandre es, en nuestra época, uno de aquellos creadores que se han consagrado hallándolas.